

puertas, pero no encontrando huella del crimen, los reos dijeron que ya habrían escapado los plagiarios; mas al levantar las vigas del piso la policía, se encontró el cadáver del infortunado Castilla.

Preso Trejo, para averiguar el paradero de Castilla, fué amenazado con fusilarlo si no declaraba donde estaba el hombre que tanto le había favorecido, porque la policía estaba segura de que no había salido de México; intimidado manifestó que para descubrir lo que se quería, era preciso que lo sacaran de la prision y lo condujeran á varias partes; pero conociendo que lo que el reo quería era huirse, fué puesto en una camilla cerrada; en la comisaría, viendo que no le quedaba otro remedio que confesar, declaró donde se hallaban los plagiarios y la policía aprehendió entónces á Pineda y á Guerrero. Aprehendidos los reos se les tomó declaración en la comisaría central y Trejo refiere desde luego su maldad y que había asesinado al Sr. Castilla; despues se retracta y cambia la declaración; pero Pineda confiesa todo, y se manifiesta arrepentido de haber cometido el crimen.

Trejo y Pineda se hicieron mutuamente recriminaciones en presencia de la policía acerca de la parte que cada cual había tenido en el crimen; el primero tenía veinticuatro años y el segundo treinta. Pineda tocaba el arpa en una casa de la calle de D. Toribio al ser aprehendido; se mostró pesaroso del crimen y maldijo á Trejo que lo había inducido á cometerlo.

Al desenvigar el piso de la casa del Niño Perdido, lo primero que asomó del cadáver fueron los piés, el cuerpo y el rostro aparecieron tan enlodados, que por el momento el socio y un pariente suyo dudaron que fuera el cadáver de Castilla. Las exequias de éste tuvieron lugar en la parroquia de Santa Cruz Acatlan, con numerosa asistencia de los parientes y amigos.

A la vista del cadáver confesaron los reos su crimen y quedaron convictos y confesos. En presencia del asesinato, Pineda, que continuamente había mostrado la mayor agitacion, entró resueltamente en la vía de las confesiones; refirió que toda la historia del plagio había sido inventada y que no había sino dos culpables: Trejo y él mismo; atribuyó al primero la mayor parte del crimen, pues fué el autor, formó el plan y dirigió la ejecucion, durando el diabólico proyecto mas de un mes. Los dos culpables se condenaron por su propia voz.

Guerrero, acusado por Trejo de haber asesinado á Castilla en compañía de Pineda, negó haber tenido participio en el asesinato, pues sus compañeros lo habían encerrado en un cuarto desde donde oyó la voz de Trejo que hablaba con Castilla; pero la verdad fué que en lo que pudo tomó parte en el plagio. Profunda sensacion causó en el vecindario de la capital tan negro crimen. Castilla era un jóven de veintiocho años de edad: llevaba cuatro meses de casado y su esposa quedó en cinta.

La Audiencia pública del tribunal fué en la antigua casa de Moneda; los reos se presentaron sin grillos, ni cadenas; se les hizo saber la causa de estar allí y los hechos porque se les juzgaba; siguió el interrogatorio y fueron puestos ante ellos el ensangrentado traje de la víctima, la cuerda y demás objetos; la sentencia los

condenó á la pena de horca, sin apelacion, á las veinticuatro horas, debiendo ejecutarse en la plazuela del Tecpam de San Juan, en donde desemboca la calle del Niño Perdido, por ser el barrio en que se había sufrido mayor escándalo. Los condenados sufrirían el garrote.

El local en que tuvo verificativo el juicio no pudo ser ménos apropósito, inmenso gentío llenaba las escaleras, los corredores y el zaguan. Trejo apareció con aire resuelto y aparentaba sordera para no contestar á las preguntas que lo ponían en aprieto. Pineda estaba conforme y resignado, llevaba el pecho cubierto con escapularios; Guerrero tenía el aspecto tranquilo: alegaba que no tuvo valor de ahorcar á la víctima. En las declaraciones ante el jurado hubo contradicciones y se recriminaron mutuamente los asesinos.

La ejecucion de la sentencia fué en la tarde del 30 de Setiembre. Los reos, al volver á la cárcel de Belem, despues de haber sido condenados á muerte, fueron trasladados á la capilla, en la que los aguardaban algunos sacerdotes; los tres reos se dispusieron á aceptar con la mejor voluntad los auxilios espirituales. La despedida de Pineda en la capilla, dando á su esposa el último adios, fué palpitante y conmovedora.

En la mañana de su último dia, se pidieron perdon los tres reos y se negaron á que se les retratara en fotografia. El cadalso quedó terminado á las once de la mañana, en la plazuela del Tecpam de San Juan, cerca de las casas que ven al Oriente y consistia en una plataforma de madera con gradas, á vara y media de altura; allí estaban á regular distancia tres banquillos, con el respaldo tambien de madera, á los que estaban ajustadas las mascadas de hierro, cada cual con sus correspondientes manija y tornillo por detrás; el frente de los banquillos daba tambien al Oriente.

Desde las primeras horas de la mañana, la plazuela, fangosa por haber llovido en la noche, estaba completamente llena de gente, lo mismo que los balcones, las azoteas, las tapias de las casas y todo el espacio de las calles que á la plazuela desembocan; parte de la concurrencia, cansada de esperar y al saber que la ejecucion se difería para la tarde, se retiró, aunque otra porcion quedó firme en el lugar. Á las tres la inmensa multitud había invadido nuevamente el local y la plazuela asemejábase á un mar embravecido. Á las cuatro de la tarde se oyó que las campanas de las parroquias del Salto del Agua y San José daban el toque de agonía. Los reos, despues de exhortados por última vez en la capilla y con los ojos vendados, fueron llevados á pié al lugar del suplicio, cerca del cual estaban tres ataúdes pintados de negro.

Abrian la marcha algunos dragones de la guardia municipal, seguía la cofradía del Señor de la Misericordia con su estandarte, detrás del cual iban los reos. Guerrero por delante, tras él Pineda y despues Trejo, acompañándolos los sacerdotes

que les servían de apoyo y los exhortaban; cerraba la marcha un piquete de infantería.

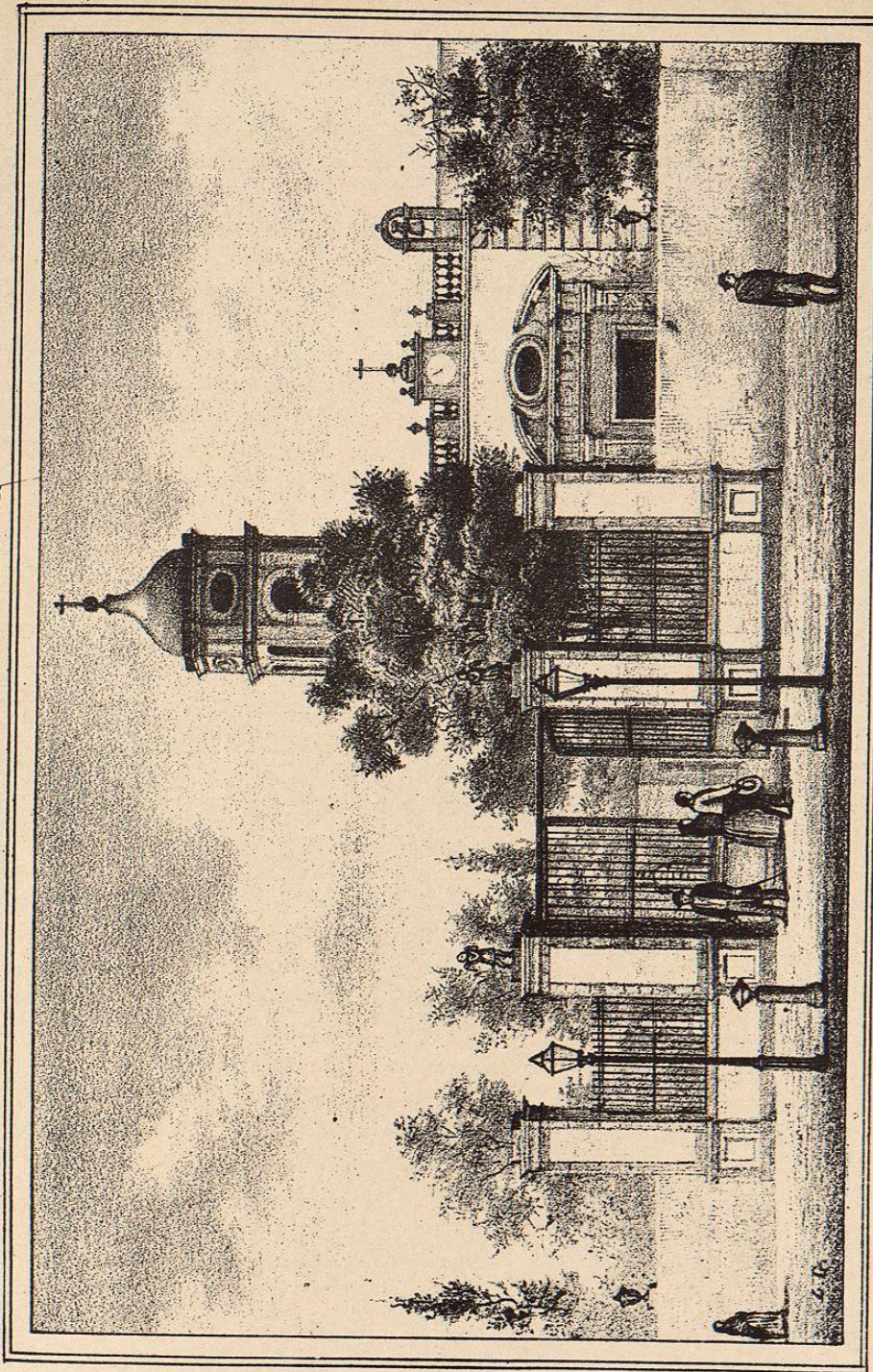
Pocos momentos ántes habian llegado al pié del cadalso, el verdugo y su auxiliar. Guerrero ascendió á la plataforma con paso firme, tomó asiento en el banquillo, le fué ajustada la mascada, se estremeció y quedó muerto. Siguió Pineda; estuvo muy abatido al subir al cadalso y despues de sufrir la presion del garrote, los movimientos convulsivos de las piernas manifestaban que aun no se extinguía en él la vida; tratando de hacer cesar su tormento, un soldado que estaba cerca movió de nuevo la manija y el cuerpo de Pineda quedó ya inmóvil; debió sufrir mucho con la cajada general que, en esos terribles momentos, motivó la caída de la multitud que habia trepado en uno de los árboles que se desgajó. Trejo murió prontamente, en el acto de ser agarrotado.

Les fueron quitadas las vendas á los ajusticiados, en tanto que las campanas de las iglesias inmediatas doblaban tristemente. Se retiraron los sacerdotes y los hermanos de la Misericordia; la tropa permaneció custodiando los cadáveres. El rostro de Pineda estaba casi negro; el de Trejo, enrojecido primero, recobró despues casi su color natural; Guerrero apénas estaba desfigurado. Vestía Pineda chaqueta negra y los otros blusas ó sacos blancos; los tres mostraban multitud de escapularios y sus manos, con esposas, descansaban sobre las piernas; al anochecer fueron recogidos y puestos en los ataúdes que les esperaban al pié del cadalso.

Desde aquella época, la plazuela del Tecpam de San Juan ha adquirido el sombrío aspecto que persiste en la imaginacion del pueblo; los vecinos no gustan atravesar por la noche aquel sitio en que parecen revolotear los espíritus de los ajusticiados, cada vez que vibran los lúgubres acentos de las campanas con que anuncian los veladores de la cárcel de Belem, que hay quien cuide á la sociedad contra el delincuente.

En esa plazuela estuvo por muchos años un célebre figon dirigido por la llamada Juana la Tangos, *china*, cuyo lujo fué proverbial en esta corte; adornaba sus zapatos con escudos de oro y usaba sus enaguas de castor cubiertas con lentejuela y tambien con escudos, siendo la parte de la pretina de seda verde; el rebozo era de clase superior y tal el esmero con que se vestía, que siempre llamaba la atencion en la calle. El mole de su figon era de fama: formábase una larga hilera de coches los domingos, concurriendo para gustarlo, las principales familias y era enorme el consumo que habia en el establecimiento que estaba junto á una famosa pulquería, de las que se levantaban hace cuarenta años en las plazuelas, con el carácter de ambulantes, pero en realidad estables. De esa famosa pulquería no queda mas señal, que la que se halla en los antiguos planos de la ciudad de México.

México Pintoresco. = Conuella.



Panteon del Campo florido.

EST. DE MURGUA.